

La cabeza de Shirley cuelga torcida al salirse de la estrecha cama. Postura incómoda. Sin embargo, sus adormiladas facciones están animadas con una sonrisa. Shirley tiene sueños agradables... Pasa bailando y flotando sobre una superficie de espejos, que refleja mil veces su imagen. Se ve como siempre ha deseado: bella, radiante, con un vestido prodigiosamente vaporoso, adornada con piedras preciosas que irradian destellos polícromos. Pasa flotando del brazo de un joven, que atento baja con ella por una amplia escalera de reluciente mármol. Flores alumbran su paso. Abajo les espera un automóvil..., el mayor que ha visto en su vida. ¡Y las maletas están apiladas en la trasera del vehículo! Tienen las formas más curiosas y todas son de colores. Shirley lo sabe en sueños: están repletas de cosas bonitas, y todas le pertenecen a ella, sólo a ella. Sabe que en aquel monstruo de automóvil recorrerá el mundo entero.

Shirley siente... alguien tiene su cabeza cogida entre las manos y murmura suavemente su nombre. Sonríe. La aman...

La cabeza de Shirley se apoya otra vez en la almohada. Su nombre repercute ahora más claramente en sus oídos.

—Shirley, a ver si te levantas; vas a llegar tarde.

Le gustaría seguir soñando, no quiere oír nada del mundo exterior, pero por todas partes la sacuden los ruidos..., y tiene que abrir los ojos. Lo primero que ve es una recia manaza, que se ha posado caliente y un tanto áspera sobre su brazo; una mano con muchas venas abultadas y con la piel corroída por la lejía. Aquella mano le acaricia suavemente el brazo. Al final, tiene que abrir los ojos, y ve la ancha y tranquila cara de su madre.

Celestina lleva una bata de rayas azules y blancas, que revela cuál es su ocupación en el hotel: es fregona. Para despabilar a Shirley, vuelve a decirle a media voz:

—¡Vamos! ¡A ver si te caes de la cama, holgazana!

Aquella es casi siempre la primera escena que ve Shirley al despertar: su madre, sentada junto a ella, y tratando de sacarla de la cama.

Pero ella quisiera seguir soñando y no ver aquel cuarto. ¡Qué bien lo conoce y cuánto lo detesta!

Lo primero que ve es el asta de la bandera en el saledizo horizontal del tejado. Cuando hace viento fuerte, el asta chirría, y Shirley experimenta entonces una sensación como si el aposento fuese la barquilla de un dirigible que volase entre los rascacielos y estos parecen hallarse muy cerca. Algunos de los edificios son como imponentes montañas; otros —torres blancas y estrechas— se yerguen por el aire como avasalladores bloques de hielo.

El cuarto está muy luminoso, pues se halla en la planta más alta del Hotel América. La sección del personal se encuentra en un rincón apartado de la buhardilla; lejos del pomposo jardín de la terraza.

Los ojos de Shirley apartan la vista de los rascacielos. Muy cerca de la ventana descubre a la vieja Nanny, la fregona de más edad del hotel. También a esta escena está acostumbrada. Siempre, al despertar, ve a Nanny sentada ahí, erguida, con la espalda rígida como tallada en madera, en una madera muy dura, de color castaño oscuro. Sostiene una taza en la mano y moja, de vez en cuando, lentamente, un trozo de pan en el té. Ya a las cuatro de la mañana Nanny se prepara su té, y se queda allí sentada, con el puchero en la mano esperando que la señal del timbre la llame al trabajo. Entonces es cuando despierta realmente. Nanny es fregona desde hace ya cincuenta años, pero todavía puede seguir trabajando; como una máquina frota y restriega, retuerce y cepilla. Después del trabajo, su cuerpo vuelve a convertirse en madera, se sienta inmóvil y se queda mirando a los rascacielos.

La mirada de Shirley se posa en Patrizia. Todas las mañanas presenta el mismo aspecto su compañera de habitación. Se la ve arrodillada, murmurando oraciones delante de su cómoda, sobre la que tiene estampas de santos y una fotografía del Papa. Shirley ve sus enormes pies, dentro de los zapatos desgastados y torcidos, y el pequeño moño, algo ladeado, que se asienta sobre su cabeza. Y cada mañana llegan a sus oídos los mismos ronquidos, desde la cama donde Bessie, la camarera del turno de noche, desborda satisfecha la plenitud de su cuerpo, al haberse liberado de la jornada de trabajo y de un viejo corsé de ballenas.

Celestina quisiera volver a recordar a Shirley que ya es hora de levantarse, pero no se atreve.

¡Con cuánta frialdad y odio divagan los ojos de Shirley!

Ahora examinan la cama. Las sábanas están rotas. El personal, que compone el grado más bajo en la jerarquía de los empleados, recibe ropa de cama que ya no puede remendarse. El colchón descuartizado enseña por los desgarrones del cobertor el relleno de crin vegetal. También la almohada, dura como una piedra, asoma curiosa por la funda. El armazón de la estrecha cama, que descansa sobre pequeñas ruedas, está torcido. Shirley tiene que reírse cuando observa esta cama, pero es una risa dura y amarga. En el cuarto sólo puede disponer de una cama y de un apartado en el armario de hierro. La cómoda está reservada a las dos compañeras más mayores: Nanny y Patrizia. Bessie tiene una mecedora, en la que sólo puede acoplarse con gran dificultad. Celestina dispone de una mesita.

Shirley se estremece. ¡Hace seis años que vive aquí!

Debajo de las camas hay densas pelusas. Las cucarachas se pasean a sus anchas por todas partes, a pesar de la claridad. ¡No es extraño! El personal tiene también su propio servicio... ¡pero una mujer limpia cien habitaciones en siete horas! Y ninguna de las moradoras tiene ganas, al volver del trabajo, de poner orden motu proprio en el cuarto. ¿Para qué? Y además hay que andar mendigando escobas y trapos ¿Para qué? Al fin y al cabo, no es más que la sección del personal. Aquí, todo puede estar sucio, aquí todo puede seguir estando asqueroso.

Shirley se incorpora de pronto, cruza los brazos sobre la cabeza y exclama con alegría:

—¡Hoy es el último día! ¡Gracias a Dios! ¡El último día!

Todas la miran asombradas, hasta Patrizia deja de contemplar a los santos y vuelve la cabeza. Celestina, sin embargo, se queda de momento desconcertada. No comprende qué quiere decir Shirley. ¿Tendrá su hija algo que no quiere revelar? ¿Le ocultará alguna cosa?

La madre se inclina sobre ella y le exige una contestación.

—Pero, ¿qué es lo que quieres hacer, Shirley? ¿Crees tú que no sé qué llevas muy mal el estar aquí, que yo no te proporcione otra cosa mejor? Pues ya puedes decirme lo que pretendes.

Shirley ya está arrepentida de haber dicho nada. Se había propuesto firmemente callar. Pero, de ahora en adelante, nadie le sacará una palabra más.

—Lo dije así, sin pensar.

No por eso se disipa la desconfianza de Celestina, pero tampoco quiere seguir preguntando. Por su parte, Patrizia hace señas a Celestina con los ojos, mientras sigue mascullando sus oraciones. Sus ojos miran de reojo por debajo de la cama de Shirley. Parece que sabe algo más que la madre.

Celestina sigue su mirada y descubre también una caja de cartón. La saca rápidamente, antes de que Shirley pueda impedirlo, la abre y ve dentro un vestido de noche, recamado de lentejuelas; zapatos dorados y una fotografía, en la que Shirley aparece sonriente, con aquel hasta ahora oculto vestido, y del brazo de un joven.

Shirley salta de la cama como un rayo y arranca a fotografía y el vestido de las manos de su madre. Aquel vestido, que por la noche le había parecido una preciosidad, resulta allí, a la luz cruda, mísero, y hasta ridículo; pero pronto tendrá otros que no necesitarán recatarse de la luz del día. ¡Es para reírse de ella con ganas!

Celestina se queda muy pensativa. Aquel joven de la foto le parece conocido; seguramente sea un huésped del hotel. ¿Qué querrá de Shirley?

—¿No hay aquí bastantes hombres de tu misma condición?

Celestina intenta reencontrar la mirada de Shirley. Pero ésta deja vagar la suya, mientras se pasea por el cuarto.

—Pero, ¿es que crees que voy a seguir haciendo con un friegaplatos o un camarero la misma vida que aquí disfruto? ¡Gracias! No estoy todavía trastornada de la cabeza.

Patrizia ha terminado ahora sus oraciones y en un tono como si estuviera todavía rezando, se vuelve a Celestina y dice:

—Tenías que haber visto a tu hija esta madrugada, cómo volvió a casa. ¡Qué buen humor traía! Apuesto que su galán no escatimó el alcohol. Por supuesto, que las chicas que sólo piensan en su bienestar corporal pueden darse una buena vida; pero, ¿qué será luego de su alma?

Shirley se ha vestido ya su traje rosa de trabajo, con el gran cuello blanco: el uniforme, de las muchachas de la lavandería. Sus cabellos oscuros caen suavemente sobre el cuello, su piel es tersa y joven, su figura esbelta. Se planta delante de Patrizia, que tiene una cara como una ciruela pasa, y, al principio, la mira echando chispas por sus negros ojos; pero luego acaba por reír.

—Yo creo que tú tienes ojos en el cogote, pues no se te escapa nada, aunque no haces más que mirar a los santos. Pues te apuesto que yo nunca podré tener tantos pecados como para estar pidiendo perdón por ellos toda la noche. Lo que sois vosotras es unas envidiosas porque nadie os hace caso ya.

Celestina trata de atraer a su lado a Shirley:

—Shirley, ya sabes el caso que yo hago de los chismorreos de Patrizia. Pero, ¿para qué necesitas salir con huéspedes? No aprenderás de ellos nada bueno, no hacen más que reírse de ti, sin que tú te des cuenta. Seguro que se te ha mentado un tontería en la cabeza.

Shirley se tapa los oídos con los dedos.

—Todas las chicas salen cuando se las invita... También queremos disfrutar algo de la vida. ¿Cómo voy a resistir yo tanto tiempo aquí, metida entre cuatro viejas? ¡Dejadme, que sé lo que me hago! Quiero salir de esta mugre. Lo quiero, y lo lograré.

Celestina insiste.

—Sólo quiero saber qué es lo que te propones.

Pero Shirley se está dando una crema en la cara, se empolva y se pinta los labios, mientras sostiene delante de su cara un espejito medio deslustrado. Y cuando Ingrid, la pequeña doncella sueca, que trabaja con Celestina en el mismo piso, entra en el cuarto, pone cara de contento:

—Hoy trabajas en mi sección, Celestina.

Ingrid lleva poco tiempo en América, y busca calor como un animalito abandonado.

—Ven acá, Ingrid, que te voy a enseñar cómo hay que pintarse—exclama Shirley—. ¿No te has pintado nunca? ¿Quieres que todo el mundo se dé cuenta enseguida de que eres una emigrante? Te voy a poner guapa. Es cosa de un instante. ¿Te invitan a menudo los huéspedes? Estas viejas damas de aquí se enfadan cuando las chicas nos vamos a bailar. ¿Qué te dicen a ti los señores?

—Muchas veces, no les entiendo, porque hablan tan de prisa, y me quedo ahí como una tonta. Pero ahora voy a la escuela nocturna, y estudio inglés.

La campana de la sección del personal femenino repica ruidosa. Es la señal de que hay que hacer desaparecer por completo cualquier pensamiento que atañe a la vida privada.

Shirley saca rápidamente a Ingrid del cuarto. Quiere huir de las miradas inquisitivas de su madre.

Todas las puertas de la sección del personal femenino están abiertas, a ver si así penetra un poco el aire en estos locales atestados. Las puertas pueden quedarse abiertas; aquí nadie tiene secretos que guardar y, además, es completamente igual que media docena o miles de extraños atisben cómo la gente se viste y se desviste. En todos los cuartos hay un desorden absoluto. Todas están abarrotadas con las mismas camas, en todas hay los mismos armarios chapeados. Pero sobre las cómodas y las camas se amontonan todo el oropel desechado en los suntuosos salones del hotel-rascacielos. Allí están espléndidos adornos florales, pero completamente marchitos; plumas de pavo real que sirvieron a alguna dama a la moda para escribir; jarrones de cristal rotos, vestidos de noche destrozados que a vez fueron ostentosos; zapatos de brocado también rotos, con tacones de strass; fantásticos cojines de sofá con grandes quemaduras; bomboneras aplastadas y hechas trizas. Estos cachivaches variados contrastan ridículos con los cuatro enseres del personal, entre los vestidos baratos, las imágenes de santos y las viejas tarjetas postales.

Los pasillos rebosan de inquietante ruido, de ajetreo nervioso, de gritos y risas. Miles de personas circulan en tropel. Una gama cromática se entremezcla. Las lavanderas van de azul; las recaderas de la lavandería, de rosa; las fregonas, a rayas; las doncellas, de blanco; las camareras del surtidor de soda, de color amarillo ocre, y las del salón de té, llevan uniformes de color lila.

Las mujeres y las muchachas proceden de todos los puntos de la ciudad, de sus arrabales oscuros y desolados, del distrito de negros de Harlem, de Chinatown, de los barrios italianos y españoles, de los alemanes e irlandeses. Todas las naciones del mundo están aquí representadas.

Se oye la voz gutural de las negras, el tono cantarín de las italianas, la blanda cadencia silbante de las españolas. Un lingüista podría descubrir aquí todos los dialectos eslavos, pero también escuchar la lengua indostánica y armenia, la griega y la japonesa. De vez en cuando, chapurrean también en inglés, y se lanzan bostezando las mismas frases, con voz todavía impregnada de sueño.

—¡Qué buena mañana hace hoy!

—Sí, muy buena para ir de paseo...

—¡Uff, maldito trabajo!

—Quién pudiera seguir durmiendo.

—No se descansa bien ni una sola noche.

—Desearía poder decir adiós a este asqueroso nido de piojos.

—¿Os divertisteis mucho anoche?

—¡Oh, yo estuve bailando!

—Vosotras podéis hacerlo, porque todavía sois jóvenes; yo me quedo rendida después del trabajo.

Shirley se lleva consigo a Ingrid.

—¿Crees tú que puede una resistir esto toda la vida?

Celestina ha salido al encuentro de ambas.

—Ahora tienes que decirme a qué te referías antes, al decir: «¡Hoy es el último día!»

Shirley se lleva a Ingrid, se escabulle sin más, no quiere contestar. Pero, como necesita desahogarse, susurra misteriosamente al oído de Ingrid:

—Me voy a marchar hoy mismo del hotel, ya no volveré aquí sino como huésped. Atiende: voy a ser rica, y te haré un regalo más que precioso. ¿De acuerdo?

Ingrid suelta su mano del brazo de Shirley.

—No lo creo. Lo dices de broma. Lo que quieres es burlarte de mí.

—Ya lo verás. Me marcho de veras. Hoy mismo lo dejo todo, esta vida inaguantable y fea. ¿No te gustaría también a ti hacer lo mismo?

—Sí, también a mí me gustaría vivir de otro modo; pero no como tú dices: como huésped aquí, en el hotel.

Al pasar junto a la barbería del personal masculino del hotel, las dos muchachas se encuentran con Salvatore Menelli. Su brillante cabello negro está cuidadosamente peinado y despejado de su hermosa frente. Sus oscuros ojos sonríen de buen humor bajo el regular arco de las cejas. Resplandece como los chorros del oro con su uniforme de botones. Salvatore se dirige a los limpiabotas, silbando con la boca fruncida, y coloca el pie sobre una plancha de latón. Apoya la mano izquierda sobre su esbelta cadera y lanza entretanto al aire, con la derecha, unas monedas, que vuelve a coger en el aire con gran habilidad.

—¡Eso es puro teatro!—susurra Shirley a su compañera—. Está que rabia porque no le hago ya caso.

Ingrid no puede por menos de dirigir a Salvatore una mirada de admiración.

—¿Piensas marcharte, realmente, y dejarle también a él del todo?

Ingrid sabe que Salvatore había sido antes novio de Shirley.

Shirley hace un gesto de desdén.

—Puedo elegir a otros muy distintos a ese mequetrefe, hijo de un confitero del barrio italiano. Pero te dejo a ti que le consueles. A ti te gusta, ya lo he advertido.

Ingrid se sonroja. Esta Shirley es terrible nunca se sabe si en realidad habla en serio. Pero, desde luego, quiere marcharse; eso es seguro. Todos en el hotel lo están diciendo.

Por segunda vez suena el timbre en todos los departamentos del personal. Vibran en el aire números, se oye rechinar los relojes de control, el tintineo de las llaves. En el departamento de la ropa blanca empiezan a zumbar las máquinas eléctricas de coser. Los encargados están ya preparados para colocar la ropa para los treinta pisos en los grandes carros de ruedas; las doncellas se atan las llaves a la cintura; las gobernantas examinan las listas con los números de las habitaciones. Por todas partes se dan órdenes. Ha empezado de lleno la faena diaria.

—Llegamos demasiado tarde al desayuno.

Ingrid echa una mirada al comedor del personal femenino del rango más bajo, que sirve al mismo tiempo de cocina y lavadero. Es de una extensión casi inabarcable. Oprimido entre rascacielos, cerca del sótano, se halla éste como un pozo de infinita profundidad, y siempre está oscuro y falto de aire. Habría que tirarse a lo largo del suelo para divisar un trocito de suelo. Aquí siempre hay un olor desagradable a grasa rancia y a desagüe.

En la sala ha comenzado la desbandada general; los largos bancos sin respaldo, acepillados simplemente, están vacíos; las mesas de madera, desalojadas. Sólo quedan reunidos algunos grupos.

—Yo regalo mi desayuno a la Dirección—dice Shirley—.

—A mí no me hace falta comer ese condumio. Anoche cené muy bien. Pero tú ¿tienes hambre?



—No mucha, a mí no me importa quedarme sin desayuno. Por la noche, siempre estoy hambrienta y apenas puedo coger el sueño. Pero por la mañana, cuando despierto, ya el hambre se ha pasado. Y ya no vuelvo a pensar en la comida.

Ha sonado el tercer toque. El espacio que hay delante de los ascensores destinados al personal también se ha quedado vacío. Está oscuro y desarreglado. Los ascensores casi nunca funcionan bien. Ahora están descompuestos los timbres y hay que gritar para que atiendan los ascensoristas.

—¡Arriba!—grita Ingrid.

—¡Abajo!—grita Shirley, que tiene que descender a la lavandería.

Las puertas de comunicación, por lo general cuidadosamente cerradas, y que conducen a una determinada parte de esta planta destinada a los huéspedes del hotel, están abiertas de par en par, y es posible divisar el salón bajo de baile, una magnífica sala de mármol, que parece no tener límites, dada la disposición de los espejos.

Shirley recuerda que el salón que ella vio en sueños tenía un parecido con éste. Ingrid mira hacia su interior con curiosidad.

—¿Qué irán a celebrar aquí?

En ese momento son llevados al salón magníficos y exuberantes árboles exóticos, cargado de flores rojas; ramos de color lila, de un aroma que aturde, flores de curiosas umbelas amarillas. Se ve que los preparativos para el adorno de la sala acaban de comenzar; pero, aun así, la sala parece ya un jardín de hadas irreal y fantástico. Shirley se echa a reír. Podría dar a la pequeña Ingrid más información, porque ella sabe más que los otros. Pero se limita a decir:

—Aquí van a celebrar una gran boda. Ya ves, así se casan las muchachas ricas. Es la hija de un millonario. Yo sé algo sobre ella..., pero me callo.

Shirley no hace más que reír ante los ojos atónitos de Ingrid.

Ésta empieza a gritar de nuevo:

—¡Arriba!

Y Shirley grita:

—¡Abajo!

Y, ya en el ascensor, que desciende hacia la lavandería, que baja lentamente hacia lo profundo, hacia los vapores asfixiantes, va pensando: ¡Hoy es la última vez, la última vez que bajo... ; mañana subiré...!